


HOMENAJE AL AMOR 2015



*Selección de las Mejores
Poesías y Cuentos del Año*

Editorial
Grupo de Escritores Argentinos

Mola, Jorge Oscar

Nadie podía quitárselos

Ramona, o la Ramonita del barrio, fue durante un tiempo muy largo hija única de un matrimonio obrero. Su padre albañil, su madre ama de casa, tenían en ella su gran tesoro. Guiada con esmero en la humilde vivienda a la que habían podido acceder, a base de sacrificios, le dieron siempre lo mejor en la medida de sus posibilidades. Así creció en un ambiente sencillo pero lleno de valores y con el ejemplo de sus padres siempre unidos, siempre novios, no era raro que su padre quizás ahorrara en un par de alpargatas para poder comprarle a sus esposa algo de valor para su cumpleaños o el aniversario de bodas, este año una pulsera, al otro un par de aros y también era común ver a la madre bordándole sus iniciales en un pañuelo de seda de los que a él le gustaba usar. En medio de la humildad de aquella casa, en un barrio de calles de tierra, aun en los años malos, siempre hubo ambiente y amor de familia.

Comenzó la escuela y con ella otra etapa de la vida, compartir, aprender y ver que había otras formas de vivir. Ella no peleaba, no había aprendido, y también comenzó a enterarse de que los padres de sus compañeros no eran como los suyos. Los chicos comentaban de discusiones, de infidelidades, de problemas por dinero, algo que ella no había visto nunca en su hogar; si se había dado, habían tenido el cuidado de hacerlo cuando ella no estaba. Así fue transcurriendo su infancia, compañera con su madre en la casa, su padre la llevaba hasta la escuela y si podía iba a buscarla, cosa que le agradaba y que la hacía única en el grupo ya que ninguna otra tenía esa suerte, situación que a la vez compartía con algunos amigos que por sentirse acompañados iban con ambos hasta la puerta de la casa para luego seguir. Primera comunión, fiesta de cumpleaños, vestidos sencillos pero elegantes, bicicleta y todo lo que puede esperar de un matrimonio obrero una hija única.

Había cumplido los doce años cuando una tarde, al volver de la escuela, al ofrecerle la merienda la madre le dijo casi con miedo: "Tenemos que hablar". La preocupó el tono serio, la mujer se sentó a la misma mesa frente a ella y le dijo "No sé cómo lo vas a tomar, Ramona... pero vas a tener un hermanito". Una cara mezcla de estupor, de alegría y de desconcierto la invadió. La madre siguió: "No nos explicamos cómo pasó y por qué ahora, si antes no pudo ser, pero el mismo médico nos dice que para estos casos no hay explicaciones lógicas". En ese momento llegó el padre, abrazó a su esposa y preguntó: "¿Ya se lo dijiste?". "Sí", dijo la mujer. "¿Y qué pensás, Ramonita?" Ella por toda respuesta se levantó y se unió al abrazo. Nació el hermano varón, el consentido, con dos madres, la biológica y Ramona, "un regalo del cielo" decía el padre, la alegría de todos.

Se llegaba el día del primer cumpleaños, Ramona ensayaba con una vecina experta como hacer tortas, ya que quería ser ella la que hiciera la de su hermano. Cuando llegó a la casa, el padre aún no había llegado; notó a su madre un poco nerviosa. Cuando el padre llegó, le preguntó simplemente: "¿Y?". El hombre asintió con la cabeza y se echaron a reír. Ramona acompañó la risa y preguntó qué pasaba; ahora distendida, la madre le contestó: "preparate para trabajar más, tendrás otro hermano". Esta vez la sorpresa la paralizó, pero después de un momento reaccionó también con risas. "Quién los entiende", dijo Ramona.

“a la vejez viruela”. La hermana menor vino sin problemas, por supuesto hubo que ajustar gastos, pero la vida siguió su curso. Terminó la escuela primaria y en el secundario, como estudiante de medio tiempo, ayudaba a la familia en la crianza de los hermanos y se hacía tiempo para estudiar inglés particular y piano con una amiga.

Pasados algunos años, los hermanos menores estaban por terminar la primaria cuando por muy poca diferencia, como si no pudieran estar separados por mucho tiempo, padre y madre se fueron de la vida.

Joven, sola y con dos hermanos a cargo, Ramona luchó con lo que tenía para sacar a flote lo que quedó de aquella familia. Pocos días después de la partida de su madre, al regresar del trabajo encontró que una hermana de su madre había venido y sin preguntar había sacado toda la ropa de ambos, algo había llevado a un ropero de una iglesia, pero el resto lo había quemado. “Eso no sirve de nada”, dijo la mujer, “y ahora pueden disponer del espacio para vivir más cómodos”. Ramona no dijo nada por respeto, pero por dentro experimentó un profundo dolor, debían ser ellos quienes dispusieran de eso, y se habían destruido objetos que testimoniaban una vida de amor en las buenas y las malas. Al sábado siguiente, se aprestó a ordenar la habitación matrimonial, ya que la usarían ella y su hermana para dejarle al varón la otra. Constató que su tía había respetado algunas cosas de alto valor afectivo... el reloj del padre, joyas de poco valor económico pero sentimentalmente valiosas; organizaron todo y siguieron el curso de la vida. Los hermanos terminaron el secundario, tenían noviazgos juveniles, dejando a Ramona sola, quien en su afán de madre sustituta había sacrificado parte de su vida y no tenía pareja. Al ordenar la casa una mañana, vio que faltaba la cadena con dije de oro de su madre, que luego vio engalanando el cuello de su hermana. “Gudala”, le aconsejó; ella nunca la había podido usar. Luego fueron los aros, la pulsera, todas las joyas de su madre. Una tarde la hermana llegó y le dijo de improviso que se casaría, y para agregar, que a su prometido lo trasladarían a una sucursal bancaria lejos del hogar y no querían irse sin casarse. En la cabeza de Ramona resonaba la pregunta hiriente de su conciencia: “¿Y yo, para cuándo?”. Al irse su hermana se llevó pertenencias de la madre, dejándola sola con su hermano. Él, unas semanas después, le comunicó que se iba, había comprado un taller de reparación de motos y motosierras en un pueblo alejado y se iría al día siguiente. Ramona descubrió esa misma noche que faltaban varias cosas del cajón de la cómoda donde se guardaban, entre otras, las alhajas de sus padres. Al confrontar a su hermano, él le contestó: “Las precisaba para comprar herramientas, así que las vendí; no me dieron casi nada por ellas, estaban tan gastadas que no pesaban nada, si nunca se las sacaron”. Luego se subió a un auto para irse.

No pudo concentrarse en el trabajo al otro día. Al terminar, caminó un rato, hizo una visita a la iglesia para buscar un poco de paz, y volvió tarde a la casa. Se había dicho a sí misma que no entraría a la habitación, pero fue lo primero que hizo, fue a la vieja cómoda sin esperar encontrar algo. Abrió el primer cajón y halló el pañuelo de mano que su madre llevaba al conocer a su padre, el clavel que él lució en la solapa el día de su boda prensado en un libro y, en una caja de polvo facial, el primer diente de leche de Ramonita. Cerró el cajón y vio sola en el mueble la imagen de María Auxiliadora que habían traído los tres de una peregrinación. Al volver la mirada, sus padres le sonreían desde un antiguo marco oval, y le pareció verlos más juntos que nunca. Entonces sonrió, ya que, aunque les habían llevado muchas cosas, nunca los recuerdos de un amor sin tiempo, y sin final. Nadie podía quitárselos.